

FILMS DE AMOR

LA NIETA DEL ZORRO

Propaganda



Núm.
76

25
CTS.

BEBÉ DANIELS - JAMES HALL

BADGER, Clarence



FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:
Calle de Vaiencia, 234 - Apartado núm. 707
BARCELONA

AÑO V

NÚM. 76

LA NIETA DEL ZORRO

(SEÑORITA, 1927)

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por la gran actriz de la pantalla

BEBÉ DANIELS

EXCLUSIVA
DE LA INVICTA



P.º GRACIA, 91
BARCELONA

REPARTO

Francisca Hernández..... BEBÉ DANIELS
Rogelio de Oliveros..... JAMES HALL

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

En un lugar apartado de las lejanas pampas de Andania, recio de contestura, ceño y fuerte como los robles del solar ilustre de sus antepasados, señorío y algo hosco en sus modales, vivía el hidalgo D. Francisco de los Hernández, señor de tierras y ganados, dueño de haciendas y rancherías, cuyo único amor se hallaba cifrado por entero, en una nietezuela que jamás había conocido, y que algún día había de ser la heredera y continuadora de la tradición ilustre de la orgullosa casa de los Hernández.

Nuestro hidalgo lugareño había visto partir con rumbo a las playas del Noroeste de América, so pretextos de estudios y ambiciosos afanes de cultura, a todos los hijos que tuviera en años mejores de abundancia, cuando el caudil de la casa se hallaba bien provisto y asentado y no había empezado todavía la ruinosa lucha con sus vecinos de la estirpe de los Oliveros.

D. Francisco de los Hernández sentía ya flaquear sus fuerzas, veía con dolor que ya no era hombre para ofrecer resistencia en una lucha que amenazaba acabar con la hacienda y el prestigio de su casa.

Ante la imposibilidad de defender por sí mismo sus derechos, llamó a su nieto, pensando que él sería el sostén de su ancianidad, el defensor de los esfuerzos de la familia, el heredero de sus terrenos y heredades y el némesis temido de los Oliveros.

Pero lo malo para los sueños del hidalgo era el que el tal nietecillo no existía. Sus hijos, knowing el afán del viejo por tener descendencia masculina, creyendo darle gusto, dijeron que había nacido un nieto, pero en realidad, el destinado a empresa de tanta monta era una niña, una jovencita que frisaba en los diez y ocho años y que se llamaba Paquita.

Aficionada a los modernos deportes, Paquita se había criado en completo desarrollo muscular, y desde el tenis hasta el florete, era reconocida por todos como maestra consumada en toda clase de ejercicios.

Una tarde, al volver de su casa, la llamaron sus padres y le dieron una sensacional noticia, diciéndole:

—Acabamos de recibir una carta de tu abuelo, en la que nos dice que quiere que

te pongas inmediatamente en camino de Anadania, pues le haces falta en la hacienda.

La joven que había soñado siempre con la alegría de aquellas tierras en completa libertad, de aquellos lugares cuyas historias de aventuras habían llenado su mente de fantásticas visiones, sintió la inmensa alegría de ver realizada una de sus más halagüeñas ilusiones, y exclamó:

—¡Qué alegría más grande!... ¡No os podéis figurar las ganas que tenía de conocer a mi abuelo y de vivir en aquellas tierras.

Los padres callaron con tristeza, hasta que al fin él exclamó:

—Pero no puedes ir a su lado de ninguna manera.

—¿Pues no acabáis de decirme que me llama? —preguntó la muchacha, sin comprender el motivo por el que le estaba vedado acudir al llamamiento de su abuelo.

—Así, en efecto—continuó diciéndole su padre; —pero hay un inconveniente y es que el día que naciste, tu abuelo se marchó de aquí en la creencia de que eras un varón... y aun hoy sigue creyéndolo. Cuando te viese, la desilusión lo mataría.

La muchacha quedó un momento en suspense al conocer el verdadero motivo, pero al fin, dando una vez más una prueba de la energía de su carácter, exclamó:



Está usted admirablemente desfigurada

—No veo el motivo porque no me quiera a su lado. El que yo sea una mujer no me parece ningún obstáculo.

Los padres, después de pensarla bastante y ante la insistencia de la muchacha, acabaron por acceder a sus súplicas, diciendo él:

—Paquita tiene razón. Estoy seguro de que cuando el abuelo la vea estará tan contento de que sea mujer como nosotros lo estamos de que no sea hombre.

Y la marcha de la muchacha hacia las le-

janas tierras de Andania quedó definitivamente resuelta.

Los negocios de los Oliveros estaban regentados por un primo del verdadero propietario, un tal Manuel Oliveros, hombre codicioso e intrigante que, aprovechando la ausencia de su primo Rogelio, que estaba viajando por Europa, decidió aumentar los hatos de su ganado a costa de los rebaños de Hernández, y derribando las estacadas que señalaban los límites de la finca, salía de noche con sus vaqueros y se apoderaba de cuantas cabezas podía...

En una de estas correrías, el viejo Zorro fué a ver a su encarnizado enemigo y le amenazó diciéndole:

—Mañana llegará a San Francisco mi nieto y entonces será cuando nos veremos las caras.

Manuel se echó a reír en las barbas del pobre anciano, y haciendo un ademán de desprecio, le contestó:

—Dile de mi parte a tu nieto, que ésta es mi tarjeta de visita—y le enseñó el látigo que pendía de su muñeca,

SEGUNDA PARTE

Al día siguiente se hallaba en San Francisco, esperando la llegada del nieto, el fiel sirviente del Zorro, llamado Pedro, pero cual no sería su pasmo al encontrarse que resultaba mujer el que todos esperaban con tal ansia. Se acercó a un joven que acababa de desembarcar y le preguntó:

—¿Es usted D. Francisco Hernández?

El interrogado volvió negativamente la cabeza, y entonces Paquita, que había oído la pregunta, se acercó al viejo criado y le dijo:

—¿Pregunta usted por Francisco Hernández?

—Sí, señorita—respondió el anciano.

—Yo no soy Francisco, pero soy Francisca Hernández, nieta del Zorro—exclamó la muchacha, riéndose del estupor que habían causado en el ánimo del criado sus palabras.

—Pero es que no es a Francisca, sino a Francisco a quien yo busco—balbuceó Pedro.—Su abuelo lo cree barón.

—Pues hace la friolera de veinte años que soy mujer—respondió burlonamente la joven—y la verdad, no me parece ésta la mejor ocasión para cambiar de sexo.

—Lo peor de todo—continuó diciendo el criado—es que su abuelo se halla en un terrible aprieto y esperaba a su nieto Francisco para que lo sacase de él.

—Pues es lo mismo—exclamó la muchacha.—Si mi abuelo necesita de alguien que le ayude, aquí estoy yo para hacerlo.

Pedro movió negativamente la cabeza, expresando su disconformidad con las palabras de Paquita, y le aconsejó:

—Señorita, lo mejor que puede usted hacer es volver a California. Si le llevo al Zorro una nieta en vez del nieto que espera, es capaz de molerme las costillas a palos.

—Es inútil que se oponga—replicó energicamente la muchacha.—He venido a Andania a ver a mi abuelo y no saldré del país sin lograr mi objeto.

Poco a poco habían ido cesando los ruidos de los cargadores del puerto y de la marinería, y ya casi de noche, se les acercó Manuel Oliveros, que había venido a San Francisco para conocer personalmente al nieto del Zorro, a la vez que a realizar algunos negocios no muy diáfanos, y le dijo a Pedro burlonamente:

—¿Dónde está tu Francisco Hernández?

—No ha llegado aún, señor—respondió el criado volviéndole la espalda.

Aquella acción de desprecio indignó a Manuel que, dándole un empujón al viejo, lo hizo volverse de cara a él, a la vez que le decía:

—¡Ven, canalla!... Cuando te hable un Olivero tienes siempre que escucharlo...

Paquita, indignada ante la acción de aquel miserable, se interpuso entre Manuel y su criado, y le dijo:

—No sabía yo que los Oliveros fuesen tan valientes... Se necesita valor para pegarle a un pobre viejo indefenso...

Era tan irónico el tono conque había pronunciado tales palabras, que el de Oliveros lo comprendió, y exclamó, haciendo una gallante reverencia:

—Si lo que usted acaba de decirme me lo hubiese dicho un hombre, lo consideraría como una ofensa, pero siendo usted una mujer y hermosa, lo tomaré como un halago... Yo soy Manuel, el jefe de los Oliveros. Tengo fama de terrible para el bello sexo...

Paquita lo miró despectivamente y exclamó, sin dejarle acabar su frase:

—No dudo que será usted el terror de las mujeres y el «hazmereír» de los hombres.

Manuel comprendió que en aquella discusión llevaba las de perder, y haciendo ade-

mán de marcharse, le dijo al criado de los Hernández:

—Cuando llegue tu Francisco, dile que los Oliveros lo esperan con los brazos abiertos y los puños cerrados, para darle la bienvenida...

Pedro se le quedó durante un rato mirando como se alejaba, y luego, volviéndose hacia la joven, exclamó:

—¿Ve usted, señorita? Ya le dije que eso no es lugar a propósito para mujeres.

—Veo que llevas razón—exclamó pensativa la muchacha.

Ante aquella duda, el criado le preguntó:

—¿Piensa usted quedarse todavía?

—Me quedaré y seré el nieto que mi abue-

lo espera—exclamó decidida la joven.

—¿Pero no comprende usted que su estan-

cía aquí es peligrosa?—insistió el criado.

—No se preocupe—respondió la joven.—

Lléveme a un sastre.

El criado cumplió la orden recibida, y poco después la transfiguración de la mu-



—Si te atreves a decir...

añade un chambergo a la usanza cordobesa, puesto airosamente de lado y con largo barbuquejo de cordones, tendremos la estampa más gallarda que jamás ha lucido caballero pampeano en las famosas praderas de Andalucía.

—¿Qué tal le parezco, ahora? — le pre-

guntó Paquita, girando varias veces alrede-

dor del criado que no salía de su asombro.

—Está usted admirablemente desfigurada

respondió el sirviente, — pero, así y todo, nunca conseguirá usted engañarlos:

—Si usted no me descubre, ya verá como nadie me reconoce — aseguró Paquita convencida de que su disfraz era competo.

Mientrastanto, el viejo Zorro hablaba con sus hombres entusiasmado por la próxima llegada de su nieto, y les decía:

—Francisco llegará de un momento a otro... Con las ideas que trae del Norte será para vosotros un excelente jefe.

—Dicen que es un hombre corpulento y fuerte—exclamó uno de los vaqueros.

El viejo dueño se echó a reír orgullosamente, y respondió:

—Si cuando nació pesaba diez libras, ¿qué será ahora que ha cumplido ya los veinte años?

Pero la decepción del Zorro no fué pequeña cuando vió acercársele aquel joven y decirle:

—Yo soy Francisco Hernández. ¿Podríais decirme dónde está mi abuelo?

El Zorro, después de mirarlo detenidamente, exclamó:

—Bien venido seas a mi hacienda, muchacho... Pero si quieres que te sea franco, no me pareces tan hombre como yo me esperaba...

Los vaqueros se apartaron un poco del grupo que formaba el Zorro con su nieto, y

se decían entre sí, completamente fracasados en sus ilusiones:

—Si ese mariquita tiene que ser nuestro jefe habrá que salir al campo en pijama.

La llegada de Francisco (y para nosotros de Paquita) había sembrado el desaliento entre todos los vaqueros del rancho de los Hernández. Comprendían que aquel muchacho sería incapaz de hacer frente a los secuaces de los Oliveros, y llegaron a la conclusión de que si querían librarse de una próxima ruina, no tendrían más remedio que obrar por cuenta propia.

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas. Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a) BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barcelona

TERCERA PARTE

Una mañana, a los pocos días de su llegada, estaba Paquita hablando con su abuelo, cuando Pedro le dijo a éste:

—La gente de los Oliveros han derribado la valla del corral y se han llevado más de un centenar de cabezas de ganado... En el granero encontré este papel clavado en la puerta.

El criado entregó el papel que llevaba en la mano y el viejo Zorro leyó en alta voz para que pudiese ser oído de su nieto:

«AVISO :

Herraremos y venderemos todo el ganado que se descarríe o se encuentre vagando dentro de nuestra hacienda.

MANUEL OLIVEROS.»

—¿Por qué deja que nuestro ganado vaya a una hacienda que no es nuestra? —preguntó el fingido Francisco.

—¡Qué descarriado, ni qué nada! — exclamó el abuelo echando chispas por los ojos. —Los Oliveros nos han robado el ganado y dan como escusa que se ha descarrulado para encubrir el robo... ¡Este insulto pasa ya de la medida!... ¡Tenemos que recobrar el ganado, cueste lo que cueste!

—No te apures, abuelo —respondió el muchacho. —Yo te prometo que tu ganado volverá antes de lo que tú creas. —Y ante la perplejidad del viejo, salió afuera y reunió a los vaqueros, diciéndoles:

—Se ha convertido, por ventura, la sangre de los hombres de los Hernández en horchata?... ¿Contemplaréis cruzados de brazos como los Oliveros nos roban el ganado?

—Esto es cosa de hombres, hijito —exclamó uno de los vaqueros despectivamente. —Suba a su habitación y ahóguese en limonada...

—Aquí lo que se necesita son menos palabras y más obras —exclamó otro.

El nieto del Zorro cogió a uno de los que le habían insultado de aquella manera, y zarandéandolo con toda su fuerza, para que viera que no admitía insultos de nadie, y exclamó:

—Si te atreves a decir otra vez que soy afeminado, te mato. —Y dirigiéndose a los demás, les dijo: —Os creéis muy hombres y sois más cobardes que gallinas... No os fal-

tan más que las plumas... Os quejáis como mujeres porque los Oliveros son mayores en número... Vosotros sois nueve contra mí y os desafío a todos...

Sus palabras expresaban tal energía, imponían tal respeto, que los hombres, convenientidos por ellas, bajaron la cabeza arrepentidos de su acción y el que anteriormente la había insultado, se acercó al fingido muchacho y le dijo, ofreciéndole la mano:

—Te debo una satisfacción, muchacho. Eres digno descendiente de tu abuelo.—Y volviéndose a sus compañeros, les dijo:

—¡Muchachos, aquí está nuestro jefe!

—¡Hurra! —exclamaron todos.

—¿Qué quieres que hagamos — le preguntó el que antes había hablado.

—Lo primero que tenemos que hacer, es recobrar nuestro ganado — respondió el nieto del Zorro.

—¡Viva Francisco Hernández! — volvieron a gritar todos. Y dando muestras de gran regocijo siguieron al joven hasta el interior de la casa, con la natural sorpresa del abuelo.

Colindando con la hacienda de los Hernández estaba la de los Oliveros. Rogelio Oliveros, propietario de la rica hacienda que llevaba su nombre, acababa de volver de su largo viaje por Europa, y uno de los secuaces de su primo le dijo a éste, cuando se enteró de que había vuelto el verdadero dueño.

—¿Le hablaste ya a tu primo del ganado adquirido?... Ya sabes que a Rogelio le repugna todo lo robado...

—No seas estúpido —le contestó Manuel.

—Le he dicho que lo compré hace unos días.

—No seas estúpido —le contestó Manuel.

—Con que ojo con lo que se habla. El ganado ha sido comprado, ¿estamos?

No tuvo tiempo el vaquero de contestar, porque en aquel instante se presentó Rogelio montado a caballo y su primo le dijo:

—¿Piensas salir, como siempre, de paseo?

—Sí; voy a dar una vuelta por el campo, mientras tú vas al monte para preparar el ganado que se ha de vender.—Y fijándose en las reses que noches antes habían sido robadas en la hacienda de su vecino, exclamó satisfecho de poseerlas.

—Precioso ganado tienes aquí, Manuel... ¿Dónde podríamos conseguir otro centenar de cabezas como éstas?

—Conseguirlas no están fácil como parece — respondió Manuel.—Por poco me mató tratando de conseguir éstas.

Su primo se le quedó mirando extrañado ante el tono conque hablaba, y el otro vaquero trató de explicarle, diciéndole:

—Quiere decir que los Hernández por poco le matan el día que intentaron robarnos

el ganado... Tenemos que venderlo antes que lo roben.

—Entonces ves al poblado para ver a algún comprador que quiera comprarlo—terminó diciendo Rogelio, a la vez que picaba espuelas a su potro y salía a todo galope.

No habían hecho más que salir los dos primos cuando los hombres de Hernández se presentaron en la hacienda de los Oliveros para recuperar el ganado que le había sido robado. Cuando sus guardianes se dieron cuenta de ello, ya habían sacado casi todas las reses que tenían en la empalizada y corrieron en busca de los hombres que quedaban en la casa, gritando:

—¡Los Hernández nos roban el ganado!

La empresa de apoderarse del ganado que les pertenecía resultó mucho más fácil de lo que Paquita se había pensado. La coincidencia de estar ausente los dos primos facilitó su plan, y apenas si encontraron resistencia, pero al poco rato de haber emprendido el regreso, los hombres de los Oliveros salieron en su persecución, y el nieto del Zorro, con una hábil estratagema, logró hacerlos entrar en un pajar donde los encerró.

Cuando se presentó ante su abuelo, éste, asombrado de la hazaña de su nieto, lo estrechó entre sus brazos, mientras le decía:

—Muchacho, has vuelto a la hacienda con



...el nieto del Zorro les encerró...

más cabezas de ganado que las que ellos nos habían robado.

—Es que con el tiempo se han multiplicado, abuelo—respondió el fingido joven, riendo.

Su abuelo, al verlo lleno de polvo y jadeante todavía por la carrera que acababa de dar, le dijo:

—Tienes cara de estar fatigado... Juan te preparará un baño tibio y te hará una buena fricción por todo el cuerpo.

—Gracias, abuelo — respondió.—No hay necesidad de que Juan se moleste. Yo mismo me prepararé el baño y me daré la fricción.

Francisca había pensado en un estanque que estaba próximo a la hacienda, cuya agua clara la había atraído desde que lo viera. Parecía que estaba hecho exprofesamente para bañarse. Se hallaba situado en un paraje apartado del resto del camino y no había temor de que nadie pudiera sorprenderla en sus chapuzones. Y fiada en esto, se encaminó hacia el sitio donde estaba el estanque.

CUARTA PARTE

Rogelio Oliveros, hombre acostumbrado a las costumbres modernas, había también descubierto el mismo estanque, y después de su paseo por el campo, se dirigió a él para bañarse, como hacía todas las mañanas, desde que llegara a la hacienda.

Mientras llegó a él se sorprendió de ver otro hombre bañándose, y le dijo:

—¿Qué hay, amigo?... ¿Cómo está el agua?

—Muy fría—respondió Paquita, ante el temor de que aquel hombre intentase bañarse también.—No se meta porque se expone a que le dé un calambre.

—Así es como a mí me gusta—respondió Rogelio.—Me zambulliré ahora mismo...

La situación no podía ser más complicada para Paquita, y aun intentó hacer desistir de su deseo al desconocido, diciéndole:

—Andese con cuidado... El estanque está plagado de anguilas y renacuajos... Le picarán a usted si se baña.

—No hay tal—contestó el dueño de la hacienda de los Oliveros.—Ayer estuve en el agua más de media hora y en mi vida he visto anguilas y renacuajos más pacíficos que éstos.

—Es que el estanque es demasiado pequeño para que quepamos dos personas—insistió nuevamente Paquita. Pero Rogelio, creyéndose que se trataba de una broma que le gastaba aquel muchacho, quiso seguirla, y le dijo:

—Precisamente porque en él no cabemos los dos es por lo que voy a echarlo a usted.

Y empezó a tirarle arena y cuanto encontraba a mano que no pudiera hacerle daño. Paquita, para evitar que le diese, se zambullía una y otra vez dentro del agua, hasta que una de estas veces se le soltó la redecilla que contenía sus cabellos, y éstos cayeron por su espalda, descubriendo el verdadero sexo de ella. Entonces apeló a su caballerosidad, y le dijo sonriendo:

—Pero hombre de Dios, que soy una mujer!... ¡Déjeme en paz y váyase!

Entonces Rogelio, atraído por la belleza de la joven, se acercó a ella, y le dijo:

—Si no es impertinencia, tiene usted la amabilidad de decirme su nombre?

Paquita no podía ocultar la viva simpatía que había despertado en ella aquél desconocido, y sonriéndole deliciosamente, le dijo en broma:

—Como nací en una noche de tempestad, puede usted llamarme «Señorita Relámpago».

—Yo nací en medio de un huracán—exclamó Rogelio, riendo a la vez.—Llámeme usted, si gusta, «Señor Tronido».

Cada vez más atento a la belleza de la joven, el dueño de los Oliveros se puso serio y le dijo galantemente:

—No sabía yo que en estas tierras hubiese una muchacha tan linda como usted, señorita.

—Es que hace poco tiempo que he venido a ellas — respondió la joven, que una vez vestida, se disponía a marchar. Pero él detuvo las riendas de su cabalgadura, diciéndole:

—Cuándo tendré el gusto de volverla a ver?

Ella quedó un momento pensativa y luego acariciándole con la mirada, que era una dulce promesa, le respondió:

—Esta noche iré a la fiesta del lugar.

—Pues hasta la noche — respondió él, siguiéndola con la vista mientras se alejaba.

Cuando Rogelio volvió a su hacienda comprendió por la cara de todos que algo anor-

mal había ocurrido, y preguntó el motivo de aquella actitud.

Su primo le dió cuenta del robo que habían sido objeto, y terminó diciéndole:

—Hemos buscado por sotos y laderas y no hemos podido dar con los hombres ni con el ganado...

—La gente del Zorro—exclamó otro—nos robó el ganado que llevábamos y valiéndose de un ardido nos encerró aquí dentro.—Y señaló hacia el pajar donde habían estado encerrados y en cuya puerta Pedro había dejado un papel escrito que decía:

«Al jefe de los Oliveros:

Lo que acabamos de hacer es la única respuesta que se merece un cobarde».

Manuel, para sincerarse ante los ojos de su primo, llamó a uno de los hombres del rancho y le ordenó:

—Coge unos cuantos hombres de confianza y vente con ellos a buscar el ganado que nos han robado.

Rogelio se interpuso entonces y exclamó:

—Tú no tienes porque ir. El insulto va dirigido a mi persona, y yo mismo he de vengarlo.

Mientras tanto, Paquita se preparaba para asistir al baile que aquella noche tenía lugar en el poblado, y le decía a Pedro, el único hombre que conocía su verdadera personalidad:



—Tienes cara de estar fatigado

—¿No tienes un traje de mujer que pueda ponerme para esta noche?

—¿Qué si tengo traje de mujer?—exclamó el otro.—Ni lo permita Dios! —¿Qué iba a hacer yo con un traje que no me sirve para nada?

—Es que yo necesito un traje de mujer para esta misma noche y el único que me lo puede buscar eres tú.—Volvió a decirle la joven, pensando que tenía que ver a Rogelio.

Y el pobre Pedro, buscando y buscando, pudo, al fin, satisfacer el deseo de Paquita,

gracias a una de las muchachas de la hacienda.

La fiesta del poblado estaba en todo su apogeo, cuando se presentó Paquita y le dijo a uno de los chicos que por allí corrían:

—¿Ves aquel joven que hay allí...? Vete a decirle que la señorita Relámpago quiere verle dentro de quince minutos.

Rogelio, que era el joven a quien Paquita había señalado, apenas tuvo noticia de la llegada de su amada, corrió en busca de ésta al lugar que le indicaba el muchacho, y le dijo:

—Señorita, si supiese usted cuánto me alegro de volverla a ver. Temía ya que no viniese.

—Yo, cuando doy una palabra, siempre suelo cumplirla—le respondió Paquita, que cada vez se hallaba más atraída por la simpatía de Rogelio.

Cuando más dulce era el coloquio entre los dos jóvenes, cuando ya se habían dicho todas esas frases que los jóvenes enamorados suelen tener siempre propicias para expresarse su amor, llegó Manuel y le dijo:

—Los Hernández han vendido el ganado que nos robaron, se han burlado de nosotros y hemos hecho el ridículo en toda la comarca.

Rogelio no pudo contenerse y exclamó:

—Lo del robo del ganado lo ventilaremos en los Tribunales, pero el insulto sólo puede ventilarse con las armas en las manos, y ahora mismo voy a ir en busca de ese viejo Zorro.

Y despidiéndose de Paquita, montó a caballo y corrió hacia la hacienda de su vecino y encarnizado enemigo.

.....

Coleccione usted cada martes

BIBLIOTECA FILMS

Lea usted cada jueves

FILMS DE AMOR

QUINTA PARTE

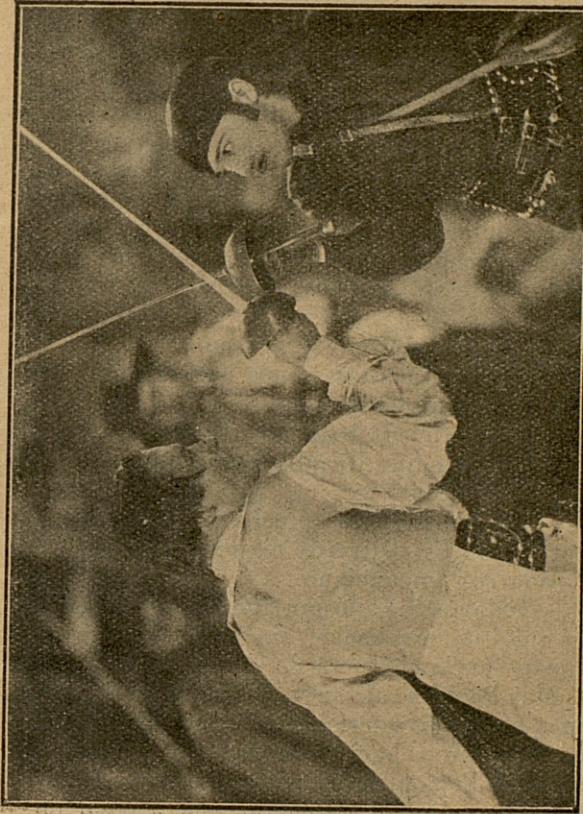
Las palabras sostenidas entre los dos primos hicieron comprender a Paquita que algo grave iba a ocurrir en su hacienda, y en cuanto se hubo ausentado Rogelio, partió también en la misma dirección. Entró en la casa sin que nadie pudiera haber advertido su llegada y se cambió de traje inmediatamente.

Nuevamente volvía a ser el muchacho de siempre, y en estas circunstancias se presentó ante su abuelo en el momento en que éste hablaba con Rogelio, quien le decía:

—Vuestro nieto me ha insultado y sólo con sangre podrá lavarse la ofensa que me ha hecho.

—¿Dónde estabas metido? — le preguntó el abuelo al ver a su nieto al lado suyo. — Creo que habrás oído el desafío que te dirige este hombre — y señaló a Rogelio, que exclamó al ver a su contrario:

—Me alegro de que estés aquí para decirte que ésta es mi respuesta a un ladrón y a un



Poco tardó el nieto del Zorro en vencer..

neobarde—y le arrojó a la cara la funda de su espada, a la vez que continuaba diciéndole:

—Levanta la espada y defiéndete como un hombre.

Pero Paquita que conocía hasta donde era capaz de llegar con un florete en la mano, no quería dejar en ridículo a su novio y se absténia de aceptar aquel desafío, mientras que su abuelo, extrañado por su conducta, le decía:

—¡Lucha, hijo mío!... Si no lo haces, los Hernández no podrán nunca más levantar la cabeza de vergüenza.

—No, no puedo batirme con él — replicó Paquita, a lo que Rogelio, sonriendo despectivamente, contestó:

—Vuestro nieto es un cobarde... Lo siento por vos... Un Oliveros no puede medir su espada con un anciano.

—Todavía me quedan fuerzas para hacer lo que este muchacho, sin pundonor, no es capaz—exclamó fuera de sí el viejo.

Mas Paquita, al ver en peligro a su abuelo, sacó la espada y poco después los dos jóvenes comenzaron a batirse como si se odiaran a muerte. Poco tardó el nieto del Zorro en tener a su voluntad a Rogelio, que, a pesar de ser un gran espadachín, sucumbió ante la maestría desplegada por aquel joven, que sabía esquivar las estocadas con una destreza

incomparable, y cuando Paquita lo tuvo ya rendido por completo, le dijo:

—Puede usted marcharse, si gusta, caballero; le perdonó.

—Prefiero mil veces la muerte a deberle a usted la vida—exclamó Rogelio fuera de sí.

—¿Y si en vez del nieto del Zorro, le debieras la vida a mí?—exclamó Paquita, descubriendo su verdadera personalidad.

—¡Qué veo!—exclamó Rogelio extrañado.—¿Es usted la señorita Relámpago?

—¿Es posible que mi nieto sea una nieta? exclamó a su vez el abuelo.

—¡Miren el valiente! — exclamaron varios de la partida del Zorro.—Se ha dejado vencer por una mujer.

Rogelio bajó la cabeza avergonzado, pero Paquita se llegó hasta donde él estaba, y estrechándole la mano, le dijo cariñosamente:

—Batirse como un hombre es colosal, pero amar como mujer es sublime.

Rogelio no podía, sin embargo, ocultar su vergüenza, y le dijo:

—Usted ha vencido lealmente, y mañana me pondré a sus órdenes.

—Mañana? — preguntó intencionadamente la joven.—¿Y por qué no, ahora?

Las manos de los dos jóvenes se buscaron, y mientras sus labios temblaban ante la proximidad de un beso, Pedro le dijo al Zorro:

—Vámonos de aquí, que me parece que estamos estorbando.

—Llevas razón — respondió éste.—Dejémosles solos, que para eso son jóvenes.

~~El oílo entre los dos vecinos habría deseado~~
parécido y pronto una hacienda y otra quedarían unidas por el pacto más inquebrantable, que era el amor.

FIN

SOBRE ROSA (Sólo para solteras), 20 cts.

SOBRE GALANTE (Id. para hombres) 20 »

SOBRE INFANTIL 15 »

SOBRE PEPITO INFANTIL 25 »

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de Correo, y 5 cts. para el certificado a
Biblioteca Films, Apartado, 707 - Barcelona

Si desea usted bailar a
la perfección el popular

TANGO ARGENTINO

Pida hoy mismo antes que se agote
el

NUEVO MÉTODO
que acaba de publicarse.

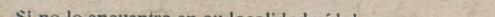
Precio: 25 céntimos



También están a la
venta los métodos de

EL CHARLESTON
y

BLACK-BOTTOM



Si no lo encuentra en su localidad pídale a

Biblioteca Films - Apart. 707 - Barcelona
que remitiendo el importe, más cinco céntimos en sellos
de correo, se lo enviará en seguida.